

Los transportadores

I

— **N**o lo toques —se apuró a decir Verne cuando Michel se acercó al cuerpo. Michel lo miró sorprendido. Si su padre pretendía que se deshiciera de ese cadáver, tarde o temprano debería posar sus manos sobre él.

—Quiero decir que no lo toques ahora.

De todos modos, no pensaba hacerlo. Su gesto de estirar el brazo había sido más que nada defensivo. Como para tomar distancia. A Verne parecía incomodarle que Michel observara con tanto determinimiento a ese chico muerto extendido sobre una mesa de madera noble, pensada para otros menesteres.

—El cuerpo apareció esta mañana. Cuando me levanté estaba ahí. Alguien debió colocarlo durante la noche. No oí nada.

Michel no se animaba a decirlo: era la primera vez que veía un

cadáver fuera de un féretro. No podía quitarle los ojos de encima, pero tampoco veía nada. No registraba los detalles, salvo que no tenía vello púbico. Eso lo asimilaba más a una estatua renacentista que a un cuerpo vivo.

—¿Alguien?, ¿quién?, ¿un bromista?, ¿alguien que lo odia?

—No parece una broma. Y la gente que me odia no anda dejando cuerpos por ahí, se conforman con ignorarme.

Michel pudo sacar la mirada del cadáver y observó la cabina del velero. Vio sobre un banco las hojas que usaba su padre para escribir. Los tinteros, las plumas, los secantes: todo puesto en orden. Verne notó que observaba las hojas.

—Lo que ves ahí estaba sobre la mesa. La persona que dejó el cuerpo tuvo la delicadeza de ordenar correctamente mis materiales de trabajo.

—Entonces es alguien que conoce sus hábitos —en realidad, Michel había pensado: *alguien que sabe de sus manías, de su irritación si le cambian mínimamente el lugar de sus plumas, o si le roban una hoja en blanco*. Él podía dar fe de esa furia.

—Necesito que te lleses el cuerpo. Lo que hagas con él no me importa.

A Michel le pareció que la voz de su padre había temblado un poco.

—¿No sería más fácil arrojarlo en alta mar?

—Imposible. Correría el riesgo de ser inspeccionado por prefectura antes de llegar al océano. No puedo dar explicaciones por un cadáver. Un escándalo de esta magnitud no solo arruinaría mi carrera de escritor, también perdería la posibilidad de entrar en la Academia.

Michel no quería seguir escuchándolo, no estaba acostumbrado a eso ni pretendía comenzar un vínculo estrecho con quien siempre lo había ignorado (en el mejor de los casos) o había intentado arruinarle la vida (casi siempre).

–Puedo pasar a la noche. ¿Dónde quiere que lo deje?

–Eso no me interesa, siempre y cuando sea lejos del barco. Te ruego discreción y eficiencia.

Incluso cuando pedía algo siempre escondía un reproche. Verne abrió un pequeño armario y sacó una bolsa de arpillera. Se la pasó a Michel, que miró su interior: a primera vista, se veían muchos papeles de diario, pero revolviendo un poco aparecían los fajos de billetes. Michel se tomó el tiempo para contarlos antes de volver a acomodarlos en el medio de la bolsa: dieciocho mil francos.

–Solo no voy a poder con ese cuerpo. Tengo dos amigos que me pueden ayudar.

–No les hables de mí.

–Nunca lo hago.

II

Tardó poco más de una hora en llegar a Place d'Italie. Podría haber tomado un ómnibus o un tranvía, pero Michel prefirió caminar. Necesitaba asimilar lo que había ocurrido esa mañana. Apenas se separó de su padre en el amarradero de Charenton, tuvo la sensación de que todo había sido un sueño, casi una pesadilla (¿su padre acudiendo a él por ayuda?, ¿un adolescente muerto sobre una mesa?, ¿una bolsa llena de dinero y hojas de diario?, ¿un cuerpo que había que ocultar?). Lo único que parecía contradecir esa impresión era la bolsa de arpillera que llevaba en una mano, con más despreocupación de lo que su contenido ameritaba.

Además, era un magnífico día de mayo, con un sol que daba

ganas de vivir, ideal para caminar por la ciudad. En realidad, Michel desconfiaba del buen tiempo. Sus peores momentos los había vivido bajo la luz cegadora del sol o bajo un cielo estrellado. Para él, los días de lluvia eran los más propicios.

A pocos metros de Place d'Italie estaba la fonda Ortigia, un refugio de inmigrantes sicilianos que iban a comer la pasta como la hacían en su *paese*, mientras tomaban un vino joven proveniente de Córcega. Los inmigrantes comían por muy poca plata, mientras que a los demás (a cualquiera que no hablara moviendo aparatosamente los brazos) les cobraban el doble o el triple, según la cara del comensal. Los dueños de Ortigia tenían un alto concepto de la solidaridad con sus coterráneos y una falta absoluta de amor por los franceses. En esa fonda pasaba las horas su amigo Gandolfo.

III

A Gandolfo lo había conocido doce años atrás, cuando Michel era grumete del Van Dick, un barco carguero que se dirigía a las Indias Orientales. A esa embarcación holandesa, Michel no había llegado por vocación marina, sino obligado por Verne, que quería apaciguar sus furores metiéndolo a la fuerza en un largo viaje marcado por la disciplina marítima y la imposibilidad de huir. El Van Dick tardaría poco más de un año en ir y volver a Francia. Había marineros de todas partes del mundo, una especie de Legión Extranjera sin ánimo de entrar en combate, pero con mucho deseo de alejarse de sus lugares de origen, casi siempre por haber cometido un crimen o por la estupidez de haberse enamorado sin ser correspondido.

Entre los marineros se encontraba Gandolfo, un siciliano treintañero que fumaba pipa todo el tiempo, al punto que podía pensarse que la llevaba pegada a la boca, como un apéndice de arcilla negra. Cuando la apartaba momentáneamente para alimentarse, beber o decir algo importante, la mantenía muy cerca y encendida.

Además de sus pipas, los bienes más preciados de Gandolfo eran los libros. Debía ser el único marinero que viajaba con una colección de volúmenes que acomodaba con delectación en una caja, al lado de su cama marinera. En el tiempo libre, mientras otros jugaban a las cartas o a los dados, él se dedicaba a leer. Como a Michel también le gustaba la lectura, se hicieron amigos y Gandolfo lo puso bajo su ala protectora en un ambiente marcado por la violencia. Nadie se metía con él. Entre los demás marineros se contaban historias extraordinarias de su vida: que había peleado al lado de Garibaldi, que él solo había liquidado a doscientos borbones en Nápoles, que manejaba tan bien los cuchillos como las armas de fuego. Habladurías que Gandolfo no desmentía, pero que tampoco nadie podía probar. Cuando se armaba alguna trifulca en el barco, si Gandolfo se ponía en el medio, la pelea se detenía en ese mismo instante. Aunque él no era de meterse en los conflictos de los demás. Prefería leer, o hablar con Michel o con algún otro curioso de los libros (no eran muchos, pero los había). Podía hablar con soltura, además de un italiano que era más bien siciliano, francés, inglés, árabe y castellano.

Michel le contó de quién era hijo y Gandolfo puso ojos soñadores para decir “il gran Giulio”. En general, a Michel le molestaba el fanatismo que despertaban las novelas de su padre, pero no en esta ocasión, ya que le permitió ahondar la amistad con el siciliano. Más tarde, cuando le contó que Verne lo había obligado a embarcarse como una forma de castigo, Gandolfo se mostró decepcionado con su ídolo literario.

–Tal vez todos los escritores sean así, brillantes en sus libros y oscuros en sus casas –reflexionó mordiendo la pipa un poco más fuerte de lo normal.

Cada vez que se detenían en algún puerto, Gandolfo lo llevaba por lugares que ya conocía. Michel a veces se escapaba de su tutela para ir a jugar a las riñas de gallo en Saigón, o para probar el opio de los fumadores de Hong Kong. Más temprano que tarde aparecía Gandolfo para llevárselo antes de que se metiera en problemas.

Cuando catorce meses más tarde regresaron a Calais, la aventura y el castigo terminaron para Michel, como quien termina su condena y sale de la cárcel. Se fue adolescente y volvía hecho un hombre dispuesto a hacer su vida lejos de su padre. Gandolfo, por su parte, se subió a un barco que lo llevaba a América y no se volvieron a ver por más de diez años.

Se reencontraron de casualidad en el Café du Rat-Mort. Michel era habitué de ese tugurio convertido en refugio de artistas, modelos, bailarinas y escritores. Vio entrar a Gandolfo, con su paso corto y su mirada torva. Buscaba a alguien, no a él, por cierto, sino a una chica. Se dirigió a la mesa donde estaba una joven de pelo negro, que debía ser una modelo italiana, una de las tantas que llegaban a París a diario para convertirse en inspiración de artistas que anhelaban la belleza de los modelos neoclásicos que abundaban en Roma y la Toscana. La chica estaba en compañía de Lavoulin, un pintor mediocre que aspiraba a exponer su obra, como todos, en el Gran Salón de ese año, pero que pasaba más tiempo acostándose con sus modelos que pintándolas. Gandolfo se dirigió a la chica, ignorando totalmente al pintor, que intentó hacerse respetar. El sopapo que le metió Gandolfo retumbó hasta la Place du Tertre. No fue una trompada, ni un golpe que dejara secuelas graves, solo un correctivo, que hizo girar

como una pelota la cabeza de Lavoulin, quien no atinó a nada más. Gandolfo tomó del brazo a la chica y se fue. El pintor tardó unos segundos en reaccionar, dejó unos francos sobre la mesa y se retiró. Estaba claro que no salía para seguir a su modelo. Tenía el rostro colorado, que intentaba ocultar sonándose la nariz. A Lavoulin no se lo vio más por el lugar.

A la noche siguiente, nuevamente en el Café du Rat-Mort, Michel recordaba la insólita aparición de su antiguo amigo. Dudaba si había sido real o si lo había soñado, cuando vio entrar nuevamente a Gandolfo, quien esta vez sí se dirigió directo a su mesa.

—Ayer te vi —le dijo el siciliano—, pero estaba ocupado. Primero el trabajo, después los amigos.

Se sentó frente a él, pronunció un insulto en italiano y llamó al mozo.

Había dejado la marina mercante y vivía en París desde hacía unos pocos meses. No contó mucho de su vida —nunca lo hacía—, pero lo sorprendió cuando dijo que pensaba dedicarse a escribir novelas.

—¿Qué pasó con la modelo?

Parecía no entender lo que Michel le preguntaba, hasta que con un gesto de indiferencia solo respondió:

—Con su padre, camino a Milán. El pobre hombre me contrató para buscarla y llevarla con él. Ya no es mi problema.

A partir de esa vez, Gandolfo y él se vieron seguido, en el Café du Rat-Mort, pero también en otros bares y fondas, que el siciliano frecuentaba provisto siempre de un montón de hojas, pluma y tinta. Le gustaba escribir rodeado de gente. Decía que el ruido y los gritos de los borrachos lo inspiraban. A veces desaparecía por unos días y Michel pensaba que estaría haciendo algún trabajito violento, algún nuevo rescate, un crimen por encargo. De Gandolfo nada podía extrañarlo.

IV

Michel sabía que cerca del mediodía Gandolfo solía concurrir a la fonda Ortigia. Y ahí estaba su amigo, en la mesa más alejada de la puerta, inmerso en sus hojas, la pipa parecía una pequeña cabeza saliendo de su boca, que miraba lo que él escribía. A pesar de que ya no era marinero, seguía vistiendo como si lo fuera, con remeras rayadas de manga corta que dejaban a la vista sus tatuajes, la barba sin cuidado alguno, una gorra cubriendo su incipiente calvicie. Mascullaba lo que iba escribiendo, como si le dictara en voz alta a su mano.

A esa hora había poca gente en la fonda, que comenzaba a llenarse poco antes del mediodía. Un olor a ajo y a albahaca impregnaba el salón todo el tiempo. Gandolfo levantó la vista y lo vio acercarse. Dejó la pluma a un costado con delicadeza.

–Lamento interrumpir un momento de inspiración.

–Los pintores y poetas necesitan inspiración, a mí me basta tener una historia.

–¿Y la tenés?

–No.

Michel se sentó frente a Gandolfo y dejó la bolsa de arpillera descuidadamente a un costado. La cantinera se acercó a la mesa. Gandolfo estaba tomando vino blanco, así que Michel pidió también un vaso.

Fue directo al tema. Le contó lo ocurrido con su padre, a pesar del pedido de Verne de que no lo nombrara.

–El mejor lugar para un cadáver es un cementerio. Ahí pasaría desapercibido –dijo Gandolfo muy seriamente.

–Necesito a dos personas para trasladar el cuerpo. Pensé en vos y en el Lobo.

–Y un carro.

–El Lobo seguro que puede conseguirlo.

Michel bebió hasta la última gota de su vaso de vino. Recién ahora se daba cuenta de lo mucho que necesitaba tomar alcohol después del encuentro con Verne. Palmeó la bolsa de arpillera.

–Veinte mil francos. Es lo que me pagó para que saque el cadáver de su barco. ¿Cuánto querés por venir esta noche?

Gandolfo se quedó pensando, también terminó su vaso y le hizo un gesto a la cantinera para que los volviera a llenar.

–Considerando el esfuerzo, el riesgo y el tiempo, creo que mil francos estaría muy bien.

–Yo creo que no menos de cuatro mil.

–Te equivocás. Verne te dio ese dinero porque sos su hijo y le da vergüenza tener que recurrir a vos. La disfraza pagándote una cantidad demencial. Es para que te quedes pensando en la plata y no en su participación en el crimen. Mil está muy bien.

–Dos mil, entonces. Y otros dos para el Lobo. ¿En qué crimen participó Verne?

Gandolfo se puso de pie y fue hasta la barra. Se acercó a la torre de huevos duros y tomó cuatro. Le dio dos a Michel y se pusieron a pelar un huevo cada uno.

–Me vas a decir que no lo pensaste. Si hay un muerto en ese barco es porque Verne lo mató y no sabe cómo sacárselo de encima.

–Verne puede ser un miserable hijo de puta, pero no anda matando muchachos imberbes.

–Los hijos de puta se esfuerzan en ser cada vez más perfectos en su maldad. Hace mucho que no estás en contacto con él. No te extrañe que haya llegado a ese nivel de perfección.

Michel hizo un gesto de indiferencia.

—Me da lo mismo. Sacamos el muerto y nos quedamos con la plata de Verne, sea o no el asesino.

Con su habitual despreocupación, Michel abrió la bolsa de arpillera, buscó y sacó dos fajos de mil francos. Se los pasó a Gandolfo, que lo observó desconcertado.

—¿Pero cómo vas a sacar la plata así? Por menos, acá te liquidan.

—Si no hay nadie. Y es toda gente buena. Italianos.

Michel se puso de pie. Tenía que ir a buscar al Lobo y ponerlo al tanto del trabajo que tenían esa noche.

—A esta hora, el Lobo debe estar durmiendo —lo detuvo Gandolfo—. Comamos acá, que están haciendo tripa a la romana. Después vamos juntos a buscarlo y, de paso, vigilo que no nos siga nadie que te quiera robar esa bolsa de mierda.

V

Tenía restos de pintura en las manos y eso le gustaba. Un artista no es un empleado de banco que al terminar la jornada se afloja las mangas, guarda los anteojos y se lava las manos para quitar las marcas de la tinta y los sellos. Pintar era mucho más que dejar correr el pincel por la tela, los colores quedaban pegados en los ojos y en las manos. Al Lobo le gustaba especialmente cuando una gota de pintura caía en una uña y la teñía. Un día se pintaría todas las uñas de distintos colores. Y otro día, no el mismo, se animaría y se arrojaría pintura verde a los ojos para cambiar el color de sus pupilas negras. Odiaba el blanco y el negro. Si alguna vez viajaba al sur del mundo mataría a todos los pingüinos, masacraría a las ballenas del Ártico y no dejaría

vivo a ningún oso panda de la China. Ese debería ser su proyecto en la vida: terminar con el blanco y el negro.

¿Quién le había dicho que después del primer vaso de ajeno uno ve las cosas como le gustaría que fueran; después del segundo, las cosas que no existen; pero, solo a partir del tercero, las cosas tal como son, y eso era lo más horrible que podía ocurrir? Fue un hombre inglés, que hablaba el francés como si estuviera creando las palabras. El inglés no se lo dijo directamente: estaba sentado en otra mesa y el Lobo se encontraba lo suficientemente cerca como para escucharlo. Sus miradas se cruzaron varias veces ese día, pero no llegaron a hablarse y no volvieron a verse. Era un hombre mayor, aunque sus ojos seguían siendo jóvenes. Tomaba el ajeno filtrando el agua sobre el azúcar, gota a gota, con una lentitud desesperante. Al Lobo, en cambio, le gustaba tomarlo puro, sin ritos. Y el agua, ni por dentro ni por fuera.

El perfume del ajeno se mezclaba con el humo de los distintos tabacos que flotaba en el lugar. El Café du Rat-Mort estaba todavía a medio llenar. A esa hora de la tarde, los hombres se encontraban con mujeres solteras, de vida decente, que debían volver temprano a su casa, a riesgo de perder la respetabilidad. Era también la hora de la confusión, el ajeno convivía con el café con leche, las salchichas con los croissants, los huevos duros con los arenques. Nadie gritaba ni reía a carcajadas. Esos eran sonidos nocturnos y todavía faltaba un par de horas para que llegaran los empleados de comercio, los profesionales, las mujeres que trabajaban de noche y que hacían tiempo bebiendo una copa antes de ir al teatro en el que bailaban hasta la madrugada.

El Lobo recién había terminado la primera copa cuando vio entrar a Michel en compañía de Gandolfo. Michel llevaba en la mano una

bolsa de arpillera. Por el aspecto, nadie podía sospechar que esos dos eran amigos. Michel era alto, vestía con ropa algo gastada por el uso, pero siempre a la moda, el bigote finamente recortado en alguna peluquería de los Grands Boulevards, caminaba con el paso firme de un buen burgués, calificación que él rechazaría. Las mujeres lo miraban disimuladamente y Michel hacía como que no lo notaba. Gandolfo era más bajo, macizo, la barba desprolija, la sonrisa o el enojo a la vista, siempre vestido como un marinero, o mejor, como alguien que extraña ser marinero. Tenía el andar de un gorila, pero la gracia encantadora de una bailarina rusa. Cruzaron todo el café y fueron a sentarse frente a él. Gandolfo con su pipa y Michel con un cigarro recién encendido.

—Pasamos por tu estudio, pero solo estaba tu modelo.

—Suele quedarse hasta que la pasa a buscar la madre. Viven en Saint Denis y no quiere que la niña vuelva sola.

Michel miró con ganas la copa de ajeno. Suspiró y volvió al tema de la modelo.

—¿Qué edad tiene?

—No sé. Nunca le pregunté. Creo que catorce o quince. Es perfecta para el cuadro de Santa Genoveva que quiero presentar en el Salón.

—Pero la tela que tenés en el estudio es un desnudo.

—Una Santa Genoveva desnuda. La santa de París mostrando sus diminutas tetas. No me digan que no es original.

Michel hizo un gesto llamando al mozo.

—Con esa jovencita no creo que te falte inspiración.

—La inspiración siempre viene. El problema es cuando no se quiere ir.

El Lobo pidió un segundo ajeno, Michel fue por el primero (con agua helada, sin el terrón de azúcar) y Gandolfo insistió con

su vino blanco. Desde que los viñedos franceses habían sufrido una plaga, el vino salía mucho más caro, pero Gandolfo no abandonaba sus gustos italianos.

—El ajeno es para los franceses que no tienen imaginación —volvió a decirles—. Además hoy tengo dinero. Me acaban de pagar dos mil francos por un trabajito que tengo que hacer esta noche.

—¿A quién tenés que matar?

—Tenemos —dijo Gandolfo.

—¿Vamos a matar a alguien?

Después del primero, las cosas como gustaría que fueran; después del segundo, las cosas que no existen. Se tomó la segunda copa.

—No, ya está muerto —aclaró Michel—. Solo tenemos que sacar un cadáver de un barco y llevarlo a otro lugar, donde más nos guste.

—El cuerpo de un chico asesinado por el escritor Giulio Verne —dijo Gandolfo, con malicia.

El Lobo no sabía si se estaban burlando de él.

Siempre le había caído mal el padre de Michel. No le gustaban sus libros, ni su fama, ni el maltrato a su hijo. Si el viejo estaba en el medio de esa historia, los esperaba algo funesto, no lo dudaba. El tercero, ver las cosas como realmente son. Horribles, peligrosas, imposibles de controlar. Llamó al mozo y pidió el tercer ajeno.

VI

Cuando entró al piso, lo envolvió un aroma a verbena. El salón estaba limpio y ordenado, muy distinto a como lo había dejado esa mañana cuando se fue con su padre a Charenton. Las cortinas corridas dejaban entrar la luz de la luna y solo la habitación estaba

iluminada con lámparas de gas. Oyó el ruido de un cubo de agua cayendo en la bañera. Michel dejó la bolsa de arpillera en el salón y fue hacia el cuarto.

Leyla ya estaba sumergida en la bañera, los ojos cerrados, el pelo negro pegado a sus hombros como el llanto inconsolable de un demonio, los brazos sobre los bordes del hierro esmaltado. Ese artefacto de origen inglés, pretencioso y caro, lo había comprado Leyla con sus ahorros de un año de trabajo en el Moulin Rouge. Lo había hecho colocar en el medio de la habitación y ella misma se ocupaba de calentar el agua y llevarla en cubos. Michel recordaba la tina de madera de su infancia en Amiens.

Leyla abrió los ojos, pero se mantuvo inmóvil.

–Te estuve esperando toda la tarde.

–Me fui con mi padre.

–Lo sé. Me echó porque quería hablar con vos a solas. ¿Qué quería?

Michel se puso a contar por tercera vez el pedido de Verne, le habló del cuerpo desnudo sobre la mesa. Fue a la única que le comentó que era un cuerpo lampiño, como una estatua perfecta. Fue algo caótico a la hora de narrar los hechos. El ajenjo bailaba una polca en su cabeza. Leyla no dijo nada, le mostró el jabón marsellés y le hizo un gesto. Desde que tenía la bañera, había tomado la costumbre de que él la bañara. Michel se quitó los pantalones y el abrigo. No quería mojar su ropa buena si terminaba él también adentro del agua. Solo se quedó con la camisa puesta. Se arremangó y tomó el jabón.

Comenzó corriéndole el pelo a un costado para enjabonarle el cuello y acariciarle los hombros. Leyla ronroneó como una gata. Michel presionó levemente para que ella adelantara el torso y le permitiera pasar el jabón por la espalda. Le gustaba el aroma de los

cosméticos que usaba. Hundió su mano hasta la cintura y recorrió la espalda, siempre suave y frágil. No le molestaba que fuera tan flaca como para que pudiera contarle las costillas. Una vez se lo había dicho y ella se había enojado. Pensaba que era un reproche porque su cuerpo delgado no respondía al gusto de los hombres. Michel había tenido que insistir en cuánto le gustaba.

Leyla volvió a recostarse y Michel pasó sus manos por las tetas, observó esos pezones oscuros, tensos, con los que había soñado antes de la primera vez que cogieron. Él la había visto en el Café du Rat-Mort y quedó flechado. No podía dejar de mirarla. Para su sorpresa, notó que ella cada tanto también lo observaba. ¿Se sentiría atraída por él como le estaba pasando con ella? Uno de los que estaban en su mesa, al verlo tan embobado, le comentó que la chica bailaba en el recién abierto Moulin Rouge. Esa misma noche fue a verla. Aparecía en el número del can-can y a pesar de ser un baile colectivo donde todas vestían iguales y se movían de la misma manera, él no pudo mirar a otra. Esa noche soñó con lo que no había visto aún: los pezones oscuros. Cuando vio sus tetas por primera vez, descubrió que eran como las había soñado.

–No me gusta lo que te pidió tu padre.

–Tenemos dieciséis mil francos para nosotros.

–Si quisiera ayuda, no te hubiera pagado. Si quería darte una buena cantidad de plata, te habría dado más. Me preocupa que te haya dado una cantidad pensada, medida, como un pago adelantado por lo que te puede pasar.

–No conocés a mi padre.

–Tengo la sensación de que lo conozco muy bien.

Michel bajó su mano al ombligo y siguió hacia el vello del pubis. Acarició el sexo y Leyla tuvo un sobresalto casi imperceptible. Era

un gesto instintivo, incontrolable, que tenía cuando él llegaba a esa zona de su cuerpo. En esas ocasiones, él se detenía, esperaba a que ella decidiera. Los muslos de Leyla le aprisionaron la mano. Michel siguió moviendo los dedos hasta que ella acabó, aflojó las piernas y se quedó dormida. Debía ser la única persona que podía dormirse dentro de una bañera llena de agua, que se enfriaba inexorablemente.

Michel se puso de pie, secó sus manos y fue hacia el escritorio. El ajeno (¿o el vino blanco de Córcega?) lo hacía sentir invencible y, para él, sentirse invencible era escribir. Sus dos amigos lo sabían, también Leyla, pero nadie más. Su padre jamás sabría que él escribía. Alguna vez, después de que lo encerrara en un correccional y antes de obligarlo a subirse a un barco que se iba a la Conchinchina, le dijo que él también sería escritor. Su padre se rio. No le respondió nada. Volvió a sus cosas como si él nunca hubiera hablado. Durante más de diez años había sido incapaz de escribir, pero pasó una noche de borrachera intentando contarse una historia durante horas. Temía olvidarla. Cuando volvió en sí, a pesar de la jaqueca y el estómago revuelto, tomó una pluma y escribió. No la historia que se había contado —y que, como creía, había olvidado—, sino algo nuevo, que surgía como de la nada. Era fácil escribir, inventar historias. Los escritores seguramente no ríen mientras trabajan, pero él esa vez no podía parar de reír, no porque lo que escribiera fuera gracioso, sino porque había descubierto el secreto de su padre. Escribir era fácil y él también podía hacerlo.

Con el tiempo se dio cuenta de que escribir tenía sus dificultades y sus momentos fastidiosos. Ahora intentaba terminar un cuento. Avanzaba y retrocedía, lo comentaba con Gandolfo y cada tanto Leyla leía algún fragmento, pero él seguía sin estar conforme.

Se puso a trabajar en el texto bajo los efectos del alcohol que arrasaba ese día. Si el ajeno alimentaba sus ganas de escribir, también le impedía hacerlo. Se quedó dormido sobre las hojas, que corregía como lo había visto hacer a su padre: escribiendo solo en la mitad izquierda de la página y dejando el lado derecho para las correcciones. Dormía y soñaba con Dorothy, la gata negra de su infancia. Una gatita que él había rescatado y que era ciega de un ojo. Nadie la quería porque era negra y decían que traía mala suerte. Una noche, la gata no volvió más a su casa. Ahora soñaba que Dorothy estaba con su hermana Susanne. Después veía a Susanne revolver una bolsa de arpillera contra una pared y la golpeaba varias veces. Él sabía que dentro de la bolsa estaba Dorothy. Se despertó a la vez que ahogaba un grito.

Miró la hora: si no se apuraba llegaría tarde al encuentro con Gandolfo y el Lobo. Por el rabillo vio a un hombre que se acercaba a él. Instintivamente, retrocedió un paso. Era un joven lampiño que le sonreía.

–Usted... –atinó a decir Michel.

El joven sonrió todavía más.

–¿En serio que no me reconocés? –dijo Leyla.

¿Seguía dormido y estaba soñando? Leyla tenía puesta la ropa de un obrero. Llevaba una gorra con la que ocultaba el pelo, pero era imposible que pudiera esconder su larga melena debajo de una simple gorra de trabajador. Michel miró alrededor y vio desperdigado por el piso, como miles de ciempiés muertos, el pelo negro de Leyla.

–¿Qué pasó, por qué...?

–No te voy a dejar solo esta noche.

–Voy con el Lobo y Gandolfo.

–Quiero ver con mis ojos lo que te está pidiendo tu padre. Y no voy a ir vestida de bailarina.

–Tu pelo... –dijo, señalando los restos tirados en el piso.

–Ah, el pelo hace rato que quería cortármelo como si fuera un chico.

Se quitó la gorra y sacudió su exigua melena.

–¿No me queda bien?

VII

El Lobo manejaba el carro con la soltura de alguien que sabe del tema: había transportado frutas y verduras durante muchos años. De hecho, ese carro era de su antiguo patrón, que se lo había alquilado por diez francos. Al lado del Lobo iba Gandolfo, que tarareaba una *canzonetta*, sentado a sus espaldas viajaba Michel. Leyla se había acomodado en la parte de atrás, con los restos de verduras. Ni al Lobo ni a Gandolfo les hizo gracia verla a Leyla, mucho menos vestida de varón. No estaban yendo a una fiesta de disfraces, no necesitaban tener que cargar con una mujer, pero si Michel lo había aprobado, era cosa suya. Nadie se quejó.

Había nubes en el cielo que no permitían ver la luna, algo que el Lobo tomó como mal augurio. Si había nubes, podía haber tormentas. Buscaron las calles más oscuras y con menos gente, aunque a esa hora ya no había nadie andando fuera de los lugares céntricos. Gandolfo cambió el tabaco de su pipa.

–¿Terminaste el cuento? –le preguntó a Michel.

–Me falta corregirlo.

Se quedó pensando algo y continuó:

–Por ejemplo, al ser una sociedad del futuro, con otras formas

de entender la realidad, ¿debería inventar un sistema de medida para describir los espacios o uso el sistema métrico?

–¿De qué hablan? –preguntó el Lobo.

–Del cuento que está escribiendo Michel.

–¿El de siempre?

–Ya lo terminé, pero me falta corregirlo. ¿Invento un sistema métrico?

–Pero si ponés dos mil covixes, por ejemplo, el lector no va a entender de qué estás hablando –respondió Gandolfo.

–Debería poner primero el sistema inventado y traducirlo al métrico.

–Directo el métrico, ¿a quién le interesa un sistema inventado por vos?

–¿Le encontraste título?

–No. Considerando que es una historia en la que la humanidad muere, renace y vuelve a repetir sus errores debería ser algo vinculado con eso.

–“El eterno Adán” –dijo Leyla desde atrás, ella también estaba comiendo una manzana. Los tres hombres movieron la cabeza afirmativamente.

Corría algo de viento primaveral que les daba de lleno. El caballo era viejo, pero mantenía un buen ritmo.

–¿En Charenton no está el manicomio? –preguntó Gandolfo.

–Hay uno ahí.

–¿No habrá sido un loco el que dejó el cuerpo en el barco?

–O tal vez el muerto sea uno de los que estaban internados y quisieron ahorrarse el funeral.

Llevaban unas mantas gastadas y un par de palas. Habían decidido trasladar el cuerpo hasta un cementerio. Michel pensaba que el

de Père-Lachaise era ideal. Había estado una noche ahí hacía unos años, bebiendo y fumando con amigos. No era difícil entrar. El Lobo lo miró con desprecio.

—Père-Lachaise es para los ricos, para los que pueden pagar un entierro. ¿Vos creés que a los parisinos pobres los entierran ahí? ¿En Lachaise, en Montmartre, en Montparnasse? A esos lugares van solo las familias burguesas y los extranjeros que buscan las tumbas de artistas y poetas. Salvo que tu padre pague el entierro del joven que mató, lo vamos a tener que llevar al Campo de Nabos.

Gandolfo lo miró sorprendido:

—¿Campo de nabos?

—El cementerio de Ivry.

—En Père-Lachaise hay una fosa común para los que no pueden pagarse una tumba decente —dijo Michel, algo molesto por la filípica que le había arrojado su amigo. No le gustaba que lo tratara como a un burgués más.

—Claro, aceptan a algunos pobres como toleran a los mendigos en el Boul-Mich.

—El cementerio de Ivry es siniestro —aportó Leyla—. Ahí es donde entierran a los guillotizados.

—Espero que eso no te dé miedo —ironizó el Lobo. Leyla no se molestó en contestarle.

Llegaron al muelle de Charenton y buscaron el barco. No había mucho movimiento alrededor. Solo un café a doscientos metros parecía abierto. Cada tanto entraba alguien o salía una pareja riéndose. Los locos del hospicio ya debían estar durmiendo.

Entraron al barco y encendieron unas velas. No era la intención, pero la luz temblorosa creó un ambiente lúgubre. Como deudos en un velorio, miraron al joven muerto con silencioso respeto.

–Pensé que lo íbamos a encontrar en estado de descomposición
–dijo Gandolfo.

–No hay señales de una muerte violenta –agregó el Lobo.

–Habrá muerto envenenado –propuso Michel.

–Algo me resulta familiar, pero no sé qué –Gandolfo observaba el cuerpo desde muy cerca.

–Miren –dijo Leyla y les señaló la mano izquierda.

Le faltaban los cinco dedos. El Lobo tomó la mano para mirarla en detalle.

–¿Se los habrán cortado antes de matarlo? Tal vez sea un mensaje para Verne.

–Suponemos que fue asesinado, pero tampoco tenemos la certeza. Y sí, con dedos o sin dedos, este cuerpo es un mensaje para mi padre.

–¿No era más fácil mandarle un telegrama en vez de esta puesta en escena dramática? –se quejó Gandolfo.

–Es bello, muy bello –Leyla pasó la mano por el pecho lampiño del muerto.

Ese joven no debía pesar ni setenta kilos. El Lobo o Gandolfo podían levantar mucho más que eso, pero un cuerpo muerto inhibe la fuerza de quien tiene que levantarlo. Lo envolvieron en una manta y lo cargaron: podían sentir el cuerpo en sus brazos.

Leyla salió primera para hacer de campana; no había nadie en los muelles, salvo un vagabundo que miraba el río y que tenía en la mano una caña de pescar o algo parecido. Si salían con el cuerpo auestas, los iba a ver. Leyla les avisó. Michel salió del barco con fastidio. Fue hacia el vagabundo, se puso a charlar con él y le dio unas monedas. El hombre se mostró muy agradecido y fue hacia el bar que estaba a una distancia respetable. Esperaron a que entrara y recién ahí sacaron el cadáver.

Acomodaron el cuerpo bien cubierto en el carro. Leyla y Michel se sentaron a sus costados. Tendrían que sostenerlo si se corría con los movimientos del vehículo.

El cementerio de Ivry quedaba bastante cerca, a poco más de cuatro kilómetros. Tuvieron que cruzar el Sena y meterse en barriadas que no conocían. Eso ya no era París, pero ¿qué era París? ¿Los teatros, los cafés, los monumentos, las avenidas enormes, los edificios de seis pisos? Esas casas mal construidas, insalubres, pobladas de jóvenes que soñaban con mudarse al centro de la ciudad y de viejos que soñaban con irse lo más lejos posible de ahí, tal vez eran París, su pesadilla, su grano infectado, las deyecciones que abonarían el París del futuro.

Llegaron al cementerio y no les costó forzar la puerta de entrada. Era más fácil eso que animarse a arrojar el cuerpo por encima del muro.

El cementerio carecía de todo encanto. No había monumentos funerarios, ni tumbas pomposas. Buscaron un rincón donde la tierra parecía más blanda. Quedaba en un lugar bastante alejado y les permitía cavar el foso sin ser vistos desde afuera.

—Si nos apuramos, en un par de horas estamos de vuelta —dijo Michel, optimista.

Los tres hombres se turnaban para cavar. Leyla vigilaba los alrededores, aunque no tenía muy buena perspectiva desde ese lugar. Ese fue un error. Porque si bien nadie los podía ver, tampoco ellos podían observar muy bien si alguien se acercaba. Cuando el foso estaba casi listo, de las sombras apareció un grupo de hombres. Podían ser muertos saliendo de las tumbas, pero no, eran policías, salvo uno. Justamente el que comandaba el grupo: aunque ya no llevaba la caña de pescar en la mano, no les costó reconocer al

vagabundo del muelle de Charenton. Les dieron la voz de alto en el mismísimo momento en el que cargaban el cuerpo. Los tres hombres tuvieron la delicadeza de depositar suavemente el cadáver sobre el suelo antes de levantar las manos.